

henchida de alagüeñas ideas y el corazón rebotando de felicidad.

Cerca de un mes pasé así, separado del mundo real para vivir de ilusiones y esperanzas.

Había, por entonces, desistido de la ascensión al volcán obligado á ello por el mal tiempo: en efecto aunque no estábamos en la estación de aguas, las lluvias se habían establecido como sucede con frecuencia en aquellas regiones, y no era posible dar un paso por los caminos.

Un día, cuando menos lo esperaba, recibí algunas cartas que me ponían en la imprescindible necesidad de volver á la Capital; no tenía otro recurso. Hice los preparativos de viaje, me despedí de mis relaciones, escribí una carta de despedida á Rosario; francamente no tenía valor para ver, quizá por la última vez, á aquella joven cuya tranquilidad tenía yo la conciencia de haber perturbado.

Salí desesperado de la población, rumbo á Orizaba donde debía tomar el ferrocarril.

Cuando los accidentes del camino me obligaban á volver á ver las casas del pueblo y el soberbio Pico de Orizaba, veía en aquellos sitios dibujarse la querida imagen de Rosario.

---

## LOS NIÑOS COMPRADOS.

—o-o-o—

A principios de Enero de 187..... fui llamado á una casa del barrio de Santa Ana para impartir los auxilios médicos á la Señora Doña Carlota N. que acababa de caer enferma de pulmonía. Hice lo poco que supe en contra de la enfermedad, y la Naturaleza lo mucho que pudo, y á los 15 días la enferma dejaba la cama colgándome el milagro de que la había sanado, con cuyo milagro no tuve inconveniente en cargar, á pesar de que no estaba muy convencido de haberlo hecho.

Lo que he dicho hasta aquí, no ofrece nada de particular; pero sí debe extrañarse que la Señora Doña Carlota y su estimable esposo juzgando, muy desacertadamente, que me debían algo mas que el peso de la visita que con muchísima puntualidad me pagaban, me llenasen de regalos hasta el grado de ponerme colorado de mortificación, y me colmasen de atenciones, lo que me tiene profundamente agradecido.

De aquí nació una grande amistad que hasta la fecha

nos liga, y de aquí también que yo nunca falte á las fiestas íntimas de esa familia.

Esta se compone del jefe de ella, D. Pablo Curazao, honrado portugués que hace luengos años vino á México, donde se estableció, según él dice, para siempre; de su esposa la Señora Doña Carlota, hija de un empleado del Gobierno que, mientras vivió, sostuvo á su familia con algún desahogo, pero que murió en la mayor miseria; y de tres pimpollos, dos varoncitos como de once años el uno y doce el otro llamados Luis y Pepe, y una linda niña que debe contar ahora unos catorce abriles á quien bautizaron con el bonito nombre de Adelaida. El Sr. Curazao no es rico, pero es trabajador á carta cabal y logra sostener medianamente á su familia. Fanático por su mujer y por sus hijos, se multiplica y suda y se abochorna para que nada les falte. Su carácter es franco y sincero.

Doña Carlota es una buena mujer; pero no ayuda en nada á su marido si no es en el aumento de la prole. Imbuida en ciertas ideas de nobleza, está en la firme creencia de que hizo á su marido un grande honor casándose con él; y esto basta para que crea que ninguno de los sacrificios que hace Don Pablo, es bastante á pagar el grande honor que le hizo. Si algún día revienta en el trabajo, no dejará de sentirlo; pero apenas cumplirá con su obligación y con lo que á ella debe. De aquí que la buena señora trate con cierto despego y desden á D. Pablo, y que los niños que de por sí son bastante suspicaces no tengan

á su padre el cariño y respeto que deben; y que todas sus caricias y atenciones sean para la madre. De aquí viene, también, que Doña Carlota jamás se ocupe de los quehaceres de su casa. Nunca se la ha visto surcir unos calcetines ó planchar un pañuelo, por que esto, dice, jamás lo hizo al lado de sus padres; y ya ha sucedido que no estando pronta la criada, y necesitando mandar la comida fuera á Curazao, se la ha enviado fría por no tomarse el trabajo de calentarla, lo que dió por resultado que á poco fué indispensable que me llamaran por que D. Pablo iba á tronar de indignación.

Pero al lado de estos pequeños defectos, la esposa de Curazao se halla adornada de grandes virtudes. Se confiesa y comulga cuando menos dos veces por semana: Su conducta es tal que nunca ha dado margen á que los vecinos puedan decir nada de ella, lo que hace que los vecinos estén verdaderamente desesperados. Una sola idea la absorbe y la preocupa: la educación de sus hijos en los principios religiosos. D. Pablo hubiera querido que sus dos hijos entrásen á la Escuela Nacional Preparatoria; pero Doña Carlota se ha opuesto á ello con todas sus fuerzas por que según le ha dicho su confesor, desde que Barreda sembró allí la nefanda semilla del positivismo, los jóvenes se pierden completamente volviéndose herejes é incrédulos, al grado de dudar de la tierra que pisan. ¡Primero muerta! dice, que consentir que mis hijos salgan del Cole-

gio Católico, para entrar á ese antro de maldades y perdición.

La estimable Señora completa en su casa la educación que sus hijos reciben en el Colegio Católico. Les ha prohibido severamente que al rezar los “Mandamientos” hagan mención del sexto; y las palabras “antes del parto, en el parto y después del parto” que se leen en los “Artículos de la fé,” han sido sustituidas por otras.

Cuando aprovechando algún rato desocupado me doy la satisfacción de visitar esa familia, los padres me reciben con suma cordialidad, diciendo Doña Carlota á sus hijos apenas me ven:

—Pepe, enseñale tus planas al Doctor.

—Luis, tócale al Doctor una pieza en el violín.

—Adelaida, traenos tu último dibujo.

Y Luis hace bramar al violín y á mí de... desesperación; y Pepe me enseña la “Salve” en las planas; y Adelaida me muestra un “Divino Rostro” haciendo tales gestos que bien pudiera creerse que aún siente los dolores de la decapitación.

Después los niños se retiran á un extremo de la sala, no tan lejos que no puedan oír lo que su mamá y yo platicamos; y la conversación comienza:

—¡Cuán contenta estoy de mis hijos! me dice Doña Carlota reflejándose en su semblante vivísima satisfacción.

—Si Ud. viera que á pesar de lo crecido que están son

tan cándidos é inocentes como si aún no salieran de la infancia!

(Los niños jugando, jugando y lanzándonos miradas á hurtadillas, redoblan su atención.)

—¿No es verdad que esto es rarísimo en los tiempos de disolución é inmoralidad por que atravesamos?

Hoy, apenas nacen las criaturas y ya lo saben todo: nos podrían dar cartilla á los grandes. Los míos por fortuna no son así; pero así he trabajado Doctor, así he trabajado. Todos mis amigos se admiran de que haya yo logrado mantenerlos hasta ahora en ese estado de inocencia; todos se deshacen en elogios y me envidian. (Los pimpollos nos dirijen miradas llenas de candor.)

Yo, como es natural, á todo doy muestras de asentimiento. En seguida me despido de la casa, gozándome en la ventura de aquella madre.

Cierta ocasión, tuve la honra de ver á Curazao en mi casa. Me llevaba la buena nueva de que su esposa le había dado otro heredero, y que era gusto de toda la familia que yo le llevara á la pila bautismal. Acepté, é inmediatamente nos trasladamos á su casa. Cuando hubimos llegado á ella, pasé á saludar á mi presunta comadre. Los niños, que estaban rodeados de la cuna, me recibieron contentísimos.

—Nos han comprado un niño muy bonito, me dijo Adelaida mostrándome la cuna.

—Que vino en una caja muy guapa, observó Pepe.

—Y que llegó en el tren de Veracruz, añadió Luis.

La madre me lanzó una mirada que quería decir: ¿Me dá Ud. mayor inocencia? ¿No se lo había dicho á Ud?

El bautizo se verificó aquella misma noche, y así emparenté con el honrado matrimonio.

Algún tiempo después, tuve que salir á un viaje que se prolongó varios meses; cuando volví, apenas había llegado á mi casa, se presentó mi compadre el Sr. Curazao y me rogó que pasara, inmediatamente, á ver á su hija Adelaida que se les había puesto enferma de gravedad. Accedí gustoso, llegamos á la casa, examiné prolijamente á la enferma; y convencido al fin, del género de mal que padecía, llamé aparte á D. Pablo y le dije:

—Valor, compadre. Me veo en la dura necesidad de darle una fatal noticia. Muy pronto Adelita les dará á Udes. un nieto ó una nieta, pues tanto no puedo adivinar.

—¡Me lo temía ya! dijo el pobre portugués dando muestras de horrible desesperación. En seguida me refirió como, durante mi ausencia, un pillastre, un bribón sin entrañas, aprovechándose del candor é inocencia de Adelaida había logrado seducirla. Cómo lo había él sorprendido una noche en compañía de la joven, huyendo á su llegada á medio vestir, descalzo y con un solo calcetín, escandalizando á la vecindad y deshonorando para siempre á Adelaida.

Yo, prodigué al afligido padre los consuelos que pude: Ocultamos la fatal noticia á Doña Carlota y me

despedí. Al salir, dirijí una mirada de compasión á Adelaida que bajó la cabeza ruborizándose, lo que indicaba que aquella inocente niña ya no creía que los niños se compraban, ni que venían por el tren de Veracruz.

FIN.

APILA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.